

AUTOR	Orellana, Antonio de
TITULO	<i>Carta Antonio de Orellana, sobre el origen de las misiones de Mojos. 18 Octubre 1687.</i>
LUGAR Y FECHA INCLUIDO EN	Madrid, 1906 1+2: Maurtua, Víctor M. <i>Juicio de Límites entre Bolivia y Perú</i> <i>Prueba peruana presentada al Gobierno de la República Argentina por Víctor M. Maurtua, Abogado y Plenipotenciario especial del Perú.</i> Madrid, 1906 Tomo décimo. <i>MOJOS</i> (Tomo segundo) pp.1-24 (<i>De la Biblioteca Nacional de Lima.-Sección de Manuscritos.-Vol. 3.-Fols. 163-170</i>) (Ref. Gantier nº 11.)
CONTENIDO	1. Portada s/nº 2. Transcripción en el libro de Maurtua pp.1-24 3. Transcripción 'A.R.S.I. PER 17': <i>Informe de del P. Antonio de Orellana al P. Martín Jauregui. 1687</i> " pp.1-16
GENERO LITERARIO	Documentos jesuíticos
PALABRAS CLAVE	Reducciones, Moxos, Historia, América, Población, Jesuitas

*CARTA del Padre Antonio de Orellana,
sobre el origen de las misiones de
Mojos.*

18 Octubre 1687.

MI PADRE PROVINCIAL MARTÍN DE JÁUREGUI. PAX CHRISTI

Segunda vez me manda V. R. que le haga informe de los principios y progresos de esta misión, sin duda por haberse perdido el que rremití á la primera orden de V. R. ahora dos años; peligro ordinario de nuestras cartas, por la poca seguridad del paso en Santa Cruz, donde la necesidad las fía á veces de mozos de pocas obligaciones, que ó las rompen para cigarros ó las pierden. Quiera Dios librar ésta del mismo peligro.

Dase, pues, principio con el que tuvo esta misión el año de 1668, sin rrecurrir á otra entrada que hizo á esta nación antiguamente el Padre Gerónimo Andión, que por ser tan antigua no hay entre estos indios noticia de ella; pero debe servir de testimonio de que siempre ha solicitado el fervoroso celo de esta provincia extender la fee de Cristo en la naciones de infieles que la rodean, cerrando ellos siempre las puertas con su inculta barbaridad é incomunicables esquivéz á las luces del Evangelio y aun al humano comercio.

Este fué el que las abrió á esta nación de los Mojos, que, deseosos de algunas herramientas necesarias para la labor de sus chacras, de que carecían totalmente, por no llevar sus tierras, vacías y faltas de ceraros, género ninguno de metal ni aun piedras, emprendieron algún comercio. Tuviéronle primero con los

TOMO X

I

Chiriguanas, cambiando de ellos con sus hilados los géneros que el Ghiriguana saca también por cambio del español. Diéronles con las herramientas noticia del español y de la ciudad de San Lorenzo, aunque no les entró gana de verla, por estar atemorizados de algunos daños que recibieron sus padres en años antecedentes. Pasaban todavía no muy lejos de ella en demanda de los Chiriguanas, hasta que una vez se encontraron en el río inevitablemente con algunos españoles de buenos términos, que los agasajaron y rescataron generosamente los géneros que llevaban al Chiriguana, convidándoles con mayor abundancia de rescates, que hallarían en San Lorenzo.

Con esto perdieron parte de su miedo, y para otro año concurren muchos al mucho comercio, que corrió por largo tiempo en buena amistad, de que cobraron ya tanta satisfacción, que quisieron valerse de ella contra los pueblos de Cañacures con quienes tenían guerra, llamando al español, sin reparar mucho en su propio riesgo habiendo de hacer paso por sus tierras.

Oyóse en San Lorenzo muy bien esta plática, por el interés de sacar gente para su servicio. Y disponiendo la jornada, les pareció conveniente pedir al Padre Rector de Santa Cruz que dejase venir con ellos al hermano Juan de Soto, que estaba allí á la sazón, y entendía bastante de curar una herida, para que les socorriese en las que esperaban de las flechas de los bárbaros. La petición se hizo de parte del Gobernador y Cavildo, con que no se pudo negar, y más añadiéndose el motivo de dar un tiento á estos indios á ver si querían Padres que les doctrinasen. En esto puso el hermano Juan su principal mira, y por eso todo su cuidado fué agasajar á estos Mojos, que quedaron muy prendados de su charidad. Hizoles la oferta, y la admitieron, de venir con otros Padres el año siguiente; y luego que volvió dió noticia de estas esperanzas al Padre Provincial, que les recibió con grande gozo, y las publicó con alegría en toda la provincia, señalando desde luego para explorar esta nación al Padre José Bermudo con dicho hermano Juan de Soto, entre tanto que se disponía venir el Padre Julián de Aller, que estaba distante.

Entraron por Setiembre del año de mil seiscientos y sesenta y

ocho, y el siguiente el Padre Julián. Todo éste se gastó en coger alguna noticia de su lengua; y entre tanto eran agasajados de los indios, que todavía no penetraban el intento de venida de los Padres, hasta que con la venida del Padre Julián se les quiso dar á entender; pero ellos la concibieron tan mal, que luego empezaron á formar discursos bárbaros de temor. Pensaban que el juntarlos á la doctrina era disponerlos para entregarlos en siendo tiempo al español, que el tratar de reducirlos á mayores pueblos era juntar la presa para que con la esparción no se les desperdiciase. Estos temores, nacidos en alguna experiencia antigua, y principalmente del demonio por medio de los hechiseros, les hizo empezar á declarar su desabrimiento, y retirarse poco á poco de la doctrina. Apretábales el Padre Julián, y al mismo paso su reveldía y temor; hasta que, en una borrachera hecha para este intento, consultaron al demonio lo que debían hacer. La respuesta fué como suya, que matasen á los Padres; y lo ejecutaran, como lo hicieron antiguamente sus padres con un religioso de

San Francisco que entró con muy buen zelo á evangelizarlos, si su Cacique, como hombre de mejor juicio, no los hubiera hecho considerar esta acción.

Tienen ellos muy en la memoria los castigos que Dios envió á sus padres por la muerte del religioso dicho, porque de los cómplices principales todos perecieron en poco tiempo. Unos (y fueron éstos muchos) en las garras de un solo tigre, en ocasión que habían salido á cazar. Embistió á uno y lo mató; quisieron los compañeros vengarle, pero él poco á poco fué haciendo presa en ellos, hasta que, viendo su furor, lo procuraron evitar subiéndose á los árboles más altos; pero ni allí estuvieron seguros, quedando, según ellos dicen, presa todos de la fiera. Sin duda quedaría alguno que llevase la nueva, para que, viniendo los demás á verlos, reconociesen que no había sido natural voracidad de aquel bruto, sino castigo del verdadero Dios, como ellos por entonces lo entendieron, porque afirman que de toda la presa no comió á ninguno el tigre, contra su naturaleza, pues sólo caza lo que ha de comer, y mientras tiene qué no busca otra cosa de nuevo hasta consumir aquello.

No paró aquí el castigo del Cielo. Después cojió por instrumento á los (hay un blanco), nación distante de éstos muchas leguas, á quienes fueron á buscar deseosos de su amistad, sabiendo que en sus tierras usaban algunas herramientas, de que quisieran entablar amigable comercio. Fueron bien recibidos, y les convidaron á una borrachera, en que los mataron á todos sin dejar uno; quitándoles enteros los pellejos y rellenándolos de paja, los secaron al sol, guardándolos después colgados en sus bebederos, donde los hallaron y vieron sus hijos y parientes, cuando, pasado algún tiempo, juntándose con otros pueblos, fueron á la venganza. Pero ya estaba ejecutada la que Dios había hecho de su ministro, y de ellos, aunque sin provecho, no mal entendido.

Esta noticia, pues, habido ahora para defensa de la vida de los Padres, aunque más obraba en ellos otro más fresco miedo, que era el del español, á quien poco antes vieron castigar al (esclavo) Casecare, con facilidad y sin peligro, delitos que no le pertenecían ni tocaban; pues ¿cuánto más, decían, hará con nosotros, si nos desmandamos con personas á quienes ellos estiman y nos tienen tan recomendados? Con esto mudaron de medio y escogieron por mejor, decirles que se fuesen, que ellos no querían ser cristianos: con todo eso no dejaba de instar el zelo santo de los Padres, ni ellos de resistirse, y por otra parte temer el volverlos á San Lorenzo, donde pudieran ser castigados por el engaño de haberlos pedido y hecho venir en vano con tantos gastos. Y así volvieron á enredarse en el mismo peligro que pretendían huir, determinándose á llevarlos hasta los despoblados que median entre esta provincia y San Lorenzo, y allí desampararlos, donde fuera cierto el perecer. En esta resolución estaban, y tenía noticia de ella el Padre Julián, sin más esperanza de remedio que el recurso á Nuestro Señor. Fiado en él, determinó su viage, y para él convocó gente de diferentes pueblos con agasajos y premios, para que les sirviesen con sus canoas, como lo hicieron, mudándoles insensiblemente Dios los corazones y la determinación de desampararle, llevándoles hasta el puerto con tan mal tiempo, que ornamentos y casi cuanto llevaban se les

podrió por las muchas aguas.

Ya con esto, ¿quién no juzgará inconquistables la terquedad de estos indios?; pues no lo pensaba así el fervoroso zelo de los apostólicos varones de esta provincia, antes por dos veces se cambiaron nuevos sugetos de las más lucidas prendas, que no dudaron dejar las cátedras por ese santo aunque trabajoso empleo. Pero ambas se frustraron sus intentos, ya puestos para embarcarse en el puerto, burlándoles de noche los indios, retirándose de secretos con sus canoas, de miedo, como ahora dicen, que al amanecer los apresasen los que acompañaban á los Padres. Bien que otros hechan la culpa á malos consejos de los soldados que, por disposición del Excelentísimo Señor Conde de Lemos, Virey de estos Reynos, habían de venir para escolta de los Padres, pagados ya por cuenta de S. M. Lo cierto es, que estos gastos, y otros mayores que se habían hecho hasta entonces, se perdieron; pero más se sentía el perder las esperanzas de la conversión de estos míseros infieles. Con este desconsuelo dieron la vuelta los misioneros, hasta que llegase el tiempo destinado de Dios para su remedio.

Éste parece que empezó á cumplirse el año de 1674, en que nuevamente, y al parecer con inútil porfía, se nombraron cuarta vez misioneros que diesen cuarto asalto al demonio, que tan fortificado estaba en las débiles trincheras del miedo de estos bárbaros. Pero antes se le dieron al valor de los misioneros en Santa Cruz, donde todos calificaban cuando menos de inútil su empresa, y de infructífera nueva experiencia en gente que había burlado tantas, y que sólo se podía esperar de ésta el postrar la salud de los sugetos, ya que saliesen con vida de tan destemplado clima. Esta opinión concibieron del temple de esta tierra, por los accidentes que contrageron en ella los más que acompañaron á los Padres los años antecedentes.

Con todo eso se combino el hermano José del Castillo á entrar entonses solo, y convocar los indios para que fuesen con suficientes canoas en que conducir á los Padres. Sasonóles las voluntades con algunos doncellitos, y esperanza de otros mayores en asentando el pie en sus pueblos, y consiguió suficientes embarcaciones, con que volvió á fines de Junio del año de 1675. Em-

barcáronse el día de San Pedro, que fué feliz anuncio de que se había de establecer la fee de Cristo, teniendo por patrón á la piedra fundamental de su Iglesia.

Los principios fueron alegres, como suelen serlo en estas empresas, porque fueron muy bien rrecibidos de los indios, agasajados y rregalados con los frutos y comidas de la tierra; pero rrecibiendo de contado el rretorno, como si el rregalo fuese legítima compra y venta de aquellos géneros que ellos mucho estiman, como son chaquiras, cascabeles, agujas, alfileres, anzuelos, etc. Así se entabló desde el principio no rrecibirles cosa alguna de balde, para que nuestro desinterés les sirviese de argumento que era muy sagrado el fin que nos conducía á buscarlos en sus pueblos. Hísose luego visita general de toda la provincia,

significándoles por medio de intérprete el fin de su venida, á que hacian por entonces buen semblante.

Reconocida la gente, se retiraron los Padres á sus pueblos á empezar el noviciado de la paciencia, y atacado uno de ellos de graves calenturas, que no le dejaron en más de un año. Luego visitó el Señor á los demás con el mismo regalo, que fué su primera provación y no la menor prueba de su sufrimiento, porque la habitación, el sitio, el pueblo y el tiempo y todas las demás circunstancias, se conjuraron á aumentar la materia del mérito, en las ardientes fiebres, sin médicos ni medicinas, ni más consuelo que el que les podía venir del Cielo. El pueblo era de más de doce casas, metido en un espeso bosque, impenetrable á los aires que pudieran refrescarle; la habitación una estrechísima casa de paja y (hay un blanco), en que apenas cabían, y en tan mal sitio, que en lloviendo se les entraba el agua debajo de las camas. Los ardientes ordinarios calores, acompañados de innumerables mosquitos, sobre el ardor de las calenturas, hacían de las casas un pequeño infierno; y entonces se representaba de veras casa del demonio, como en la verdad lo había sido, que tal empleo tenía la que ahora habitaban, y antes fué bebedero en que se brindaba al demonio, y la dedicaron los indios para casa de los Padres, como despojando de su habitación á sus dioses, dando desde luego posesión de ella á los mi-

ENTRE EL PERÚ Y BOLIVIA

7

nistros de Cristo, á quienes acusan de dar después la de sus almas.

Entre estos ejercicios de paciencia y el de aprender la lengua, se pasaron dos años sin poder dar paso en la predicación del Evangelio; pero entre tanto con agasajo y beneficios les iban ganando las voluntades, para ganarles los entendimientos en obsequio de la Fe. Informábanse de sus costumbres; iban reconociendo las dificultades con que el demonio había de procurar embarazar la conversión de las almas. La primera estaba de parte de la multitud de pueblos ó rancherías, en que era imposible catequizarlos ni asistir los cristianos sin mucho número de sugetos, siendo el de los indios de sola esta nación bien corto: llegaba apenas á cuatro mil almas el que tenía esta provincia de los Mojos; y éstos estaban divididos en más de cincuenta pueblos, independientes unos de otros, por no haber una cabeza universal á quien se sugetasen, ni particular la tenía cada pueblo, porque cada año reconocen un Cacique, pero es con tan poca subordinación, que ninguno se reconoce obligado á obedecerlo si no es en lo que le está bien y tiene gusto, y esto mismo no se atreve el Cacique á mandarlo, sino por modo de ruego ó consejo; ni la mujer al marido, ni los hijos á los padres, tenían sujeción. Con que, si se trataba de juntarlos á mayores pueblos, se había de hacer la guerra con cada uno de por sí; y así había que pelear con una hidra de tantas cabezas, cuantos eran los indios, y no en punto de poca dificultad, porque cada uno vive tan enamorado de su querencia, como pudieran estarlo las Musas de su ameno Parnaso.

Á esto ayudaba una falsa creencia acerca de la creación del primer hombre, que entendían que el origen de sus antepasados y suyo era en la cercanía de su habitación, hora en una laguna de donde sacó Dios antiguamente los primeros hombres de donde

descendían los de aquel pueblo, ó ya en tal monte ó pampa donde crió los de otros. De suerte que cada pueblo tenía un campo damaceno dentro de los términos de su jurisdicción, en que hizo Dios á sus primeros ascendientes, distintos é independientes de los otros pueblos. Con esta persuasión miraban aquellos puestos

como sagrados, con un nativo amor, que dificultaba mucho el asunto de arrancarlos de ellos.

Reconocióse más ardua esta empresa por estos mismos tiempos en que el río rrobó el pueblo habitación de los Padres, desmoronando sus altísimos barrancos, y abriendo por él nueva madre para su corriente. Trataron de escoger nuevo puesto en que mudarse. Fueron diversos los pareceres; y aunque pudieran autorizar el de el Cacique los Padres siguiéndole, fué de poco peso su autoridad para otros indios; con que de un cortísimo pueblo se hicieron dos, que intentaban hacer de muchos uno, materia de gravísimo desconsuelo. Con todo eso empezaron á predicar la palabra de Dios, labrando su consuelo en los admirables efectos de su eficacia, y esperando victoria si convenzían la vanidad de sus falsos dioses.

Adoraban en cada pueblo muchos, unos particulares de ellos, otros comunes á todos, unos casados, otros solteros, cada uno con diferente empleo y ministerio; cuál presidente del agua y de sus peces, cuál de las nubes y rayos, otros de los sembrados, otros de la guerra y otros de los tigres. Y éstos eran los que tenían exterior, por el gran miedo y peligro con que huyen de estas fieras, de que hay abundancia en los montes y pampas, donde continuamente los trae la necesidad del comer en busca de la caza, durmiendo siempre en los suelos, sin resguardo ni centinela; y así eran muchas veces acometidos, y aun mordidos y muertos de tigres; y como es tan horrorosa su furia, el que habiendo caído en ellos se libraba de sus garras, le miraban como especialmente excogido y amparado de su dios, siendo los dientes del tigre como un sacramental carácter con que le señalaba y segregaba de los demás para su ministro, dándole con el nuevo estado potestad contra algunas enfermedades, y noticia universal de los nombres de los tigres. Recibían la nueva dignidad con largos ayunos de uno y dos años, en que se abstienen observantísimos de comer pescado y ají, y de toda mujer, aunque sea la propia, pena de ser mordidos ó muertos del tigre, si no guardan puntualmente este ayuno. Á éstos acuden todos los que flechan ó matan tigres, para que les revele el nombre del flechado ó

muerto; el cual cogen para sí, llamándose en adelante con aquel nombre, y por él son más conocidos que por el que les pusieron cuando niños sus padres.

Celebraban el tigre muerto con grandes ceremonias: la primera, ayuno largo del matador (ley á que obligaba el demonio en muchísimas ocasiones de estos indios), cortarse parte del cabello, estar algunos días en el bebedero sin entrar en su casa, y hacer chicha abundante para brindar á su dios y á todo el pue-

blo. Á aquél le hacía el brindis su particular hechicero, que era el mordido del tigre, y dicen que le aceptaba el demonio, de noche, en un rincón del bebedero, dando el mate por detrás, sin dejarse ver de nadie; aunque tanto rrecato le tengo por muy ocasionado á mentiras de los hechiceros, de quienes, por lo que me he informado, tengo por cierto que las más veces mentían en decir que había aceptado su dios el brindis; pero él ponderaba mucho el favor, y se lo creía con ciega fe, como en todo lo demás que decía. Entonces se publicaba cómo aquel dios era el que había muerto el tigre, como si no bastara para que muriese la flecha del indio. Así enredaban otros disparates, de que eran ministros los hechiceros. Y éstos eran dos suertes: unos, que eran los ya dichos, que se llamaban Comocoy; otros, llamados Tiharauqui, que es lo mismo que el de la vista clara, como los indios llamaban videntes á sus Profetas.

Estos Tiharauquis eran los más venerados, escogidos para este misterio por aparición de alguno de sus dioses, que se hacía con demostraciones exteriores de accidentes gravísimos, que repentinamente los privaban de sus sentidos y los ponían á peligro de muerte, en que había también muchos engaños. Á mí me contó una célebre hechicera, preguntándole yo después de cristiana si era verdad que había visto al demonio, que nunca le habia visto, y que la ocasión que dió principio á su oficio, fué haberse privado de sentido en ocasión que estaba comiendo pescado muy cras y con mucho ají; diéronle algunos desmayos y congojas, que sin duda fué de haber llenado mucho el vientre de grasa fría; entonces dice que vió unas candelillas. Llamaron luego á otro hechicero célebre, para que viese qué tenía; que

er aparición de Vire, uno de sus dioses, y para que templase sus favores, porque no le quitasen la vida, la bañase con caldo de pescado, que le aborrecía aquel dios, y luego se apartaría de ella y podría vivir. Su dicha fué que en la ocasión se cojía en abundancia el pescado, y así, cociendo gran cantidad de él, la bañaron con su caldo muchas veces de pies á cabeza; entre tanto se dió tiempo á que se templase el rrigor del accidente, y recobrado el calor del estómago venciese la gravedad del manjar, á que ayudaron algunos vómitos. Pero los simples indios creyeron que había sido cierto el oráculo del maldito hechisero, y ella quedó venerada en el oficio, fingiendo después las leyes dél, y acudiendo todos á ella en sus enfermedades y otros casos, como á tan favorecida de Dios.

Entre estos Tirauquis y los Conocois se urdían los engaños del demonio, como sus principales ministros. Ellos consertaban los dogmas de sus sectas, que solían ser encontrados en algunos pueblos, contentos todos con la suya, sin que ninguno tratase de impugnar la otra ni buscar rrazón de ella; ni hallaran fácilmente quien se la diesse, porque, en tratando de meterlos en disputa, á la primera dificultad, viéndose convenzidos, apelan á sus antepasados para que rrespondan por ellos, diciendo que aquéllos sabrían rresponder, ó que quizás fué disparate suyi. Y esto baste por ahora cuanto á la creencia de sus falsos dioses y de sus ministros, en que tenían muchos errores semejantes á las fábulas de los gentiles preciados de más entendidos en la Euro-

pa; solo que aquí se diferenciaban de ellos en dejarse convencer fácilmente: cierto en esto más discretos, como menos enamorados del engaño, porque sólo se apasionan los necios. No dieron por esta causa mucho que hacer á los Padres á los principios de su educación, viendo escarnecidos á sus dioses; pero bien reconocían desde entonces grave dificultad en desarraigar otro género de sectas, que toca á las costumbres, y en que tienen más parte las pasiones: estas son y fueron las que han hecho mayor guerra al recibir la fee de Cristo.

La mayor ha sido la dificultad en dejar las propias mugeres, si es que se han de llamar propias las primeras, que no ha fal-

tado quien sienta con ap (hay un blanco) varones, que entre estos indios no hubo verdadero matrimonio según la ley natural. Pero ni las primeras ni las últimas las podían llamar propias, por falta de dominio, por no reconocer sujeción la muger al marido. Y así con poca ocasión los dejaba, pagándole ellos con la misma moneda; con una diferencia, que algunas veces las dejaban ellos, bien molidos los huesos, si la ocasión de apartarse era de mayor monta, como el adulterio, el cual castigaba, no sólo el marido, sino sus parientes de ella, porque todos hacen presunción de que sean honradas las mujeres que les tocan por cualquier dependencia; y si el adulterio era en ausencia del marido, mientras cazando faltaba algunos días del pueblo, los parientes de él y de ella salían á la venganza, éstos por el honor, y aquéllos porque creían que el adulterio en ausencia del marido era causa bastante para que le mordiese la vívora ó el tigre á él ó á sus compañeros ó les sucediese otra grave desgracia, ó á buen librar, que no hallen todos qué casar y traer á sus casas para su sustento; y siendo tan fácil de suceder algo de esto, venían luego á inquirir quién había tenido la culpa, y muchas veces sin ella daban contra alguna inocente, y si libraba con vida era seguro el apartamiento. Otras veces sólo por una mala palabra, por un desdén, por no responder la muger al marido cuando le hablaba, por no aceptar el marido la bebida ó comida que le da la muger, por celos, y por otras muchísimas y levísimas causas, se divorciaban luego, sin que nadie hubiese autoridad para remediarlo; y por el consiguiente buscaba cada uno con quién casarse, porque entre esta gente se tiene por gran trabajo el celibato.

Y así hallaron apenas los Padres indio de alguna edad que estubiese casado con su primera muger. Pues, ¿á quién no acobardaría esta grave dificultad? No era tampoco pequeña la de la poligamia, aunque no era tan universal, por providencia de Dios, que dispuso en esta gente fuese menor el número de las mugeres que el de los varones. Pero algunas se daban tan buena manía, que conseguían tenerlos, cuando otro no alcanzaban una; y esto era ordinariamente sin respeto á la afinidad, que aun en-

tre muchos gentiles tubo generación con madre é hija, aunque una de ellas hubiese sido muger de su padre.

Nada de esto causaba tan grande horror como la abominable

costumbre de enterrar vivos los propios hijos, con bien lebes ocasiones, á veces por librarse del trabajo de criarlos, ó por ser enfermisos ó llorones. El Padre José Bermudo fué testigo de una chiquilla, ya de más de año, y á quien á su vista, sin poder el Padre estorbarlo, enterró viva su madre, sólo porque dió en llorar demasiado. Hasta aquí puede llegar la barbaridad, que ni aun en los brutos, que por naturaleza amantes de sus hijos, halla comparación. Pero pasa adelante, si se pondera que todo esto se hacía con impunidad. Mas si una muger por accidente ó por otra causa abortaba, infaliblemente la arrojaban á que pereciese en el río, conspirando á esto todo su pueblo, si ella antes no se ponía en salvo acudiendo á su pueblo. Esta tan injusta justicia se fundaba en un error con que los engañó el demonio, de que el aborto de una había de ser causa, si no la mataban, de que todos enfermasen de disentería.

La embriaguez, tan universal entre los indios de aquí, tenía su principal lugar por dos circunstancias: la una, por ser universal, que si uno hace chicha, ha de ser para convidar á todo el pueblo, y á veces también á otros, porque entre ellos no se es-tila beber chicha que pueda embriagar, si no es en comunidad; la otra, que ésta era muy ordinaria, y aunque su bebida no es tan fuerte como la chicha del Perú, pero en cantidad suplía la fortaleza. Para estas ocasiones guardan las pendencias, porque no acostumbran jamás rrefñir, aunque esté la cólera ardiendo, si no le da un hervor más la chicha.

Por esta selva inculta de abrojos y espinas se había de hacer paso á la ley de Dios; pero ¿cómo se podría esperar que, después que á fuerza de sudores se huviese abierto el camino, pudiese conservarse limpio, sin que por instantes brotasen de nuevo cambrones, cuando la demasiada separación de los indios no había de dar lugar á continua asistencia del labrador?. Esta consideración, que á alguno de los misioneros le hacía, y no sin rrazón, rrepresentar á los Superiores imposible su conversión,

por el poco aliento con que los experimentaban para la rreducción á mayores pueblos, hizo á todos poner ahora nuevo esfuerzo en procurarla; sobre que se dieron muchos pasos, y quiso Dios que con buen efecto, porque ya hallaron más blandos á muchos, y prometieron de juntarse en un puesto con los Padres, como se escogiese capaz pa su habitación, y chacras en que sembrar su pobre sustento. Informáronse para esto de los mismos indios, que, como prácticos en la tierra, podían éstos escoger el que fuese más á propósito para uno y otro, y les dirigieron á uno, que por entonces parecía muy bueno comparado con el que dejaban.

Fuéronlos llamando á él, y los indios viniendo primero á rrozar para tener qué comer en haciendo sus casas, que sin esta prebención no se mudan, si no es muy cerca de los pueblos que dejan, que su principal comido, que es la yuca, no sufre estar mucho tiempo cogida; y así se ha de coger como se va comiendo, y siendo tan pesada, no es para acarrearla á menudo de lejos. Y así como he dicho se previenen para la mudanza con sus chacras, y esto un año antes, que tanto tiempo ha menester para sasonarse.

Consiguióse en fin la mudanza á que dieron principio los Padres, haciéndoles para ellos los indios una suficiente y acomodada casa, á que se siguieron las suyas, y se vieron ya con

grande júbilo de sus almas con un bastante pueblo de más de seiscientas almas; y á su ejemplo se empezó á hazer la misma agregación en otros con menor dificultad, porque para esta gente tiene muy eficaz persuasiva el ejemplo de los mismos de su nación, más que otra alguna rrazón. Adelantáronse á separarlos de la multitud de mugeres, y se rreducían á quedarse con una sola, para lo que les sasonaban la voluntad con el premio de un cuchillo. (Hay un blanco) mostrando más obedientes y dóciles desde que, entendiendo el santo Padre Provincial Francisco del Cuadro la diversidad de pareceres que había, aún entre los nuestros, sobre si era conbeniente continuar la misión, al parecer incapaz de sugestión y obediencia, embió un Padre Visitador con orden de que sacase los rnisioneros si, propuestos algunos puntos, no prometiesen su puntual observancia los indios; hizo-

14

JUICIO DE LÍMITES

seles amenaza, y como ya con los beneficios y agazajos había cogido amor á los Padres, temieron se les quitasen, y se ofrecieron prontos á obedecerles en cuanto les mandasen. Acudían con puntualidad á la santa doctrina, en que sacaban muchos aprovechados. No rrecusaban que los Padres azotasen á sus hijos en siendo perezosos para ella, antes les acusaban ellos mismos, y se mostraban humildes en cualquier corrección de mano de sus misioneros, por sus delitos.

Viendo, pues, ésto dicho Padre Visitador, determinó que se prosiguiese la misión; y dando cuenta al Padre Provincial del buen estado en que se hallaban, y del deseo que significaban los indios del santo bautismo, mandó se les confiriese en llegar nuevos sugetos que tenía señalados ya para esta misión, que entonces sólo se hallaban con un sacerdote y un hermano, por haber sacado los otros á Santa Cruz su poca salud, donde, habiendo mejorado, los embargaron para la misión de los Chiriguanas, que pidieron sacerdotes de los nuestros con grandes esperanzas, que han parado en bien infaustos sucesos. Entre tanto se fueron perfeccionando en el catecismo. Hízose general visita, en que se les pidieron á los hechiseros algunas alahajas consagradas al demonio, de que se hicieron públicas hogueras; quitáronse en los más pueblos los bebederos públicos, y de ellos muchas calaveras humanas de los que habían muerto en sus guerras, y allí se consagraban al dios, presidente de ellos; lo mismo hacían con la cabeza de los tigres, adornándolas de cabelleras de algodón. De todo se le despejó al demonio, que según algunos, dijeron que bramaba por los montes, y daba quejas de los suyos en otros pueblos á donde no había llegado la palabra divina, diciendo se iva allí desterrado de los Padres y sentido de los suyos, que después de tantos años de posesión le dejaban.

Llegó, pues, el tiempo deseado y pretendido, después de casi siete años de trabajos, fatigas y diligencias para ponerlos en este estado; y habiendo llegado los nuevos compañeros el año de 1672, se dió principio á los bautismos el día de Nuestra Señora de la (hay un blanco), felicísimo pronóstico. Por estar desde su principio esta rreducción dedicada a la Santísima Virgen, y aho-

ENTRE EL PERÚ Y BOLIVIA

15

ra, por haberse conseguido este primer triunfo en día del primer misterio de nuestra rredención, que se celebró en la Santísima

Casa de Loreto, se le dió al pueblo esta advocación.

Bautizáronse este día más de quinientas almas, y después en otros las que se restaban del pueblo, que eran más de seiscientas. Empezaron á entablarse las costumbres cristianas, que han ido cada día aprovechando.

El año siguiente se bautizaron más de tres pueblos, y en ellos hasta seiscientas y cincuenta almas pertenecientes á esta reducción. Después acá, fuera de los párbulos, hijos de éstos, se han bautizado buen número, de suerte que hoy pasan de dos mil los cristianos, y fueran ya muchos más si las continuas mudanzas no nos huvieran detenido los pasos. Hácenlas éstas los indios muy ordinariamente de sus pueblos en varias ocasiones; la principal suele ser la inestabilidad del río, que ó se les aparta ó arrima demasiado, pues hay que en menos de seis años ha estado en cuatro distintos puestos y ahora está mudándose á otro; y mientras duran estas mudanzas no hay quien pueda recogerlos á la doctrina, pues andan en continuo movimiento.

Esta razón nos movió á considerar que era conveniente que toda la gente que pertenecía á una reducción estuviese en un solo pueblo, que había de ser el nuestro, para lo que era también necesario mudarnos nosotros, porque el parage en que estábamos tenía muchas incomodidades para los indios, con los cuales se nos resistían cuando intentábamos recogerlos á él. Pidióse á Nuestro Padre que nos deparase sitio á propósito, é hizole Su Magestad como quien se agradaba del asunto; y habiéndole reconocido y hallado en él circunstancias necesarias para la conveniencia y estabilidad de un pueblo, se le propuso la materia á los indios; fueron también á reconocerlo, y como son varios los juicios de los hombres, no faltaron algunos que disgustasen dél, y (hay un blanco) todos, aunque como su bondad, le miraban con horror, por ser parage donde ha hecho dormida el español venido con su Campo por esta provincia, que ya les parecía que era querer entregárselos para esclavos.

Venciéronse estas dificultades, en que mostraron mucho su do-

ilidad y sugestión á los Padres; y luego con todo fervor empezaron sus casas, queriendo nosotros fuese la última la nuestra, aunque hubiésemos de estar sin ella con mucha incomodidad más de un año, porque era preciso desamparar desde luego la que teníamos en el pueblo, que dejábamos para que á nuestro ejemplo se animasen aquellos que sabíamos no venía con mucho gusto. Así sucedió; y conociéndolo un honrado que se dió prisa á acabar su casa, haciéndola más capaz de lo que solía por nuestro respeto, como nos lo dijo luego que la acabó, convidándonos á vivir en ella hasta que se acabase la nuestra. Aceptámosle por necesidad el convite, y él se fué á vivir con un cuñado suyo, más de año y medio, hasta que le desocupamos la casa, que todo este tiempo era menester para acabar las suyas y después las nuestras.

En este pueblo se han ido recogiendo los demás, y con el favor de Dios estarán recogidos en él, por todo el año que viene, todos los indios de esta reducción, que suman más de dos mil y trescientas almas, aunque no todas de una lengua, pues entre este número hay tres distintas, que es una de las mayores dificultades que embarazan á la breve conversión de estos indios; y por este medio de juntarlos se pretende reducirlos á una sola

lengua, como se va ya experimentando.

Con el ejemplar de esta rreducción se dió principio el año pasado á otra de los Magunianas, con la advocación de la Santísima Trinidad, que fué la misma que le dieron los primeros Padres que entraron en esta provincia é hizieron pie entre aquellos indios. Los que se van catequisando y rrecogiendo, aunque con mucho trabajo, por tener falta de paja para sus casas; pero el deseo de reducirse se la hace buscar de muy lejos, y tienen ya pueblo con mucho aumento, rrecogida á él mucha gente, y en todo el año que viene se hallará con más de dos mil almas, de las cuales se podrán luego bautizar más de mil, dando algún tiempo más á los otros, por ser de diferentes lenguas.

Este es el estado de presente de estas rreducciones, y el número de su gente. Fuera de ella son muchas las naciones, ya distantes, ya cercanas, que hay en aqueste clima. En todas ellas,

menos dos, no hemos hasta hoy puesto el pie. Éstas que hemos visitado, han pedido Padres que les enseñen la palabra de Dios; pero hoy es aquí imposible, por no haber más de los necesarios para esta provincia, y así esperamos operarios nuevos que hechen mano del arado para rromper nueva tierra, hoy con menos dificultad habiéndose vencido ésta.

Y cierto que convida á venir lo que Dios va obrando en estos miserables, antes tan cerriles é indómitos, que no sufrían aun de sus mismos padres los hijos una áspera palabra, hoy tan domésticos y humildes, que se sugetan al castigo cuando lo merecen, y llevan de mano de los Padres á veces azotes, sin que por eso se les rretiren ni descompongan en palabras. ¿Quién puede dudar que éste sea efecto de la divina gracia? Como también la moderación en las borracheras, que siendo antiguamente de doce y catorce tinajas, se han rreducido á una ó dos, y cuando más tres, conforme la gente que ha de acudir al convite, donde sucede muchas veces no haber ninguno que pierda el juicio; y algunos que exceden de esta moderación, aun estando borrachos, si los avisan que van á visitarles los Padres, huyen, y si están enredados en pendencias que levanta el calor de la chicha, en viendo á los Padres se desparten, y uno solo de los nuestros entra seguro á una casa de éstas y les quiebra las tinajas, como pudiera hacerlo en Julí, donde tienen á mano para su rresguardo el miedo de la Justicia.

Aquí vivimos sin más rrecurso que el del Juez Altísimo, y éste hace que, aunque en ausencia de la rrazón, les quede una vislumbre en que se conserva el temor y respeto, que en semejantes casos no le tienen seguro ni los Corregidores y Curas del Perú.

Sólo un yndio y dos ó tres mugeres han intentado, después que se bautizaron, casarse segunda vez con rrepudio de los verdaderos maridos; pero el pronto castigo ha sido rresguardo para que lo miren como materia imposible los otros.

En el número dicho de cristianos, sólo tres hay divorciados, y volverán á sus mugeres cuando se sosiegue el enojo, que han tenido bastante materia para su duración. ¿Quién puede obrar esto, sino solo Dios?

Sólo de dos hemos tenido noticia que hayan enterrado sus hijos; y hemos visto á muchos criar dos gemelos, que era caso sin ejemplar de los Moxos, porque les parecía imposible que una sola muger pudiese amamantarlos, cargarlos y dormir con ambos desde que nacen en una hamaca. Ya han visto vencido muchas veces este imposible, por milagro sin duda de la palabra divina, que con éstos y semejantes prodigios quiere acreditar la secreta y verdadera eficacia de la Fee. Bien que no han faltado otros, que en la estimación de los bárbaros son y han sido claro argumento de la verdadera Divinidad del Dios que les predicamos.

El primero es, el haber encerrado la furia de este río, encerrándola dentro de sus márgenes, sin que se atreva á romperlos, como lo hacía antes que abrasasen la ley de Dios, ordinariamente, que oí decir á un indio antiguo, que una sola vez se acordaba que hubiesen pasado cinco años sin que el río saliese de madre, den más de sesenta años. Lo ordinario era cada dos ó cada tres, y alguna vez rrepetía un año tras otro, como lo vieron los primeros años que estuvieron aquí los Padres, que parece quiso Dios hacerlos testigos de vista de la calamidad que en estas inundaciones padecían los indios, para que después supiesen estimar el favor y hacerlo rreconocer. Era, pues, para ellos el origen y ocación de toda miseria, porque, en saliendo de sus márgenes, el río lo inundaba todo. Entrábase en las charcas, y bañándolas se les pudría la yuca, que es para ellos toda la calamidad; porque, aunque abunden de todo, si les falta éste su pan y bebida que hacen de ella, se afligen entrañablemente, y esta aflicción duraba más de un año, porque hasta bajar las aguas no podían sembrar de nuevo, y después de sembrada por un año, sin que sazonzase bien esta planta. Pues ¿qué si entonces les volvía á entrar el agua? Continuábase entonces dos años de desdichas.

Entrábase también en los pueblos y casas, y se veían necesitados á vivir sobre barbacoas, que armaban dentro de sus casas, sin rreparo para los mosquitos de día y de noche, que entonces eran inhabitables las casas rredondas, que inventaron para rresguardo de tan molesta sabandija, y nunca eran tan espesos sus

enjambres como en estas crecientes del agua. Así se vían obligados á sufrirlos de día y de noche, sentados sobre una barbacoa, encima del agua, donde sólo podían salir en canoa, porque, aunque no era allí profunda el agua, el temor de ser mordidos de las palonatas les arredraba andar sobre el agua. Faltábales también la leña, y sólo podían haberla trepando por los árboles en busca de rramas secas, que quebraban algunos á fuerza de brazos por carecer de herramientas. Con esto, aunque entonces era abundante la pesca y caza, lograban poco de ella, pudriéndoseles lo más por falta de leña con que asarlo, que es el modo que tienen de preservarlo de corrupción por carecer de sal. Estas calamidades no sólo eran para los hombres, extendíanse también á los animales, que no hallaban donde dormir, anegados montes y campos; y por este lado se rrecrecía á los indios otro grave daño, que, pasadas las aguas, perecían muchos de los ciervos, venados, jabalíes y otras carnes de que ellos viven, y de aquí se les ahumentaba el hambre, de ésta se seguía su inseparable compañera la peste, ayudada de la corrupción del aire con tanta podre-

dumbre.

Estos y otros gravísimos males les acarrea la inundación del río, de que se ven libres tres años ha, atribuyéndolo su buena fe á lo que han recibido de Dios, y asegurando su confianza en el mismo Señor, que les continúa este anual favor; que no es ageno de la amorosa providencia divina á hazerlo tales á los nuevamente convertidos, para crédito de su ley. Así leemos del Tíber, que tantas veces inundó á Roma gentil, en cuanto respeto de lo ha mirado después de cristiana. Los tufonenes horrosos de la India se aplacaron con la predicación de nuestro Padre San Francisco (hay un blanco). Semejantes huracanes, en las Filipinas sesaron luego que entró en ellas el Evangelio por medio de los de la Compañía, porque no quiere Dios que el agua, que da materia al santo bautismo, ni el aire, en que se articulan las voces con que se promulga y profesa la Divina Ley, sean más nocivas á los hombres que la reciban. Y así, con mucha razón se puede esperar que se continúe aquí este divino favor, mientras nuevas culpas no irritan su justicia, como se les predica.

20

JUICIO DE LÍMITES

Otro es acerca de los tigres, que siendo como dije tantos los que mordía esta fiera y los que mataba, ya bautizados no ha mordido á ninguno, casi seis años, porque en sus dormidas ponen por atalaya la santa cruz, que dicen los defienden; y así se valen de ella en todos los peligros, y en ocasiones que corren universales achaques la plantan alguno á las puertas de sus casas, por su asilo y defensa. De lo dicho de los tigres, sólo debo exepthar á uno de un pueblo río arriba, á donde pocos días fué el Padre Superior á hacerles la doctrina y decirles misa; amonestóles el sábado de la puntual asistencia al santo sacrificio, reprehendiendo á algunos que no acudían. De ellos mismos se fueron unos por la mañana á cazar antes de misa; uno de ellos, persiguiendo un viervo, se encontró con el tigre, que le quitó la vida á vista de sus compañeros, sin poder defenderle; de que han sacado el escarmiento, y reconocidos ellos mismos, sin necesitar de intérprete, que fué castigo del Cielo.

De algunos semejantes se ha valido Nuestro Señor para crédito de ella y de la observancia de las fiestas y devoción á la misa. Á dos indios que faltaron un día á ella por ir á pescar, les mordieron en una laguna las palometas horriblemente, que en más de un mes no pudieron andar; á otro, en semejante ocasión, una vívora, que le tuvo á la muerte. Y pudiera poner otros casos de éstos, que todos se han hecho misteriosos entre los indios, por haber precedido especial aviso, que les han hecho los Padres con amenaza del castigo. De que ha sacado Dios el provecho que intenta con nuestros males, que es la devoción y aprecio de la misa, acudiendo á oirla, no sólo los días de fiesta, sino también muchos de los de trabajo; y hay indio que, estando en el pueblo, nunca se queda sin misa, y muchos que á confesarse no tienen de qué acusarse en este precepto de la Iglesia de la observancia de las fiestas.

En el de la confesión, que aun para gente entendida, menos pusilánime y tímida es tan arduo y difícil, han entrado muy bien, viniendo una y dos veces en la Cuaresma mientras hallan nueva materia de que acusarse, y dicen no están contentos hasta que se confiesan de lo que habían olvidado, que á veces es tan

ligero, que apenas es suficiente materia del sacramento; y cierto que confieso, que al paso que es incomparable el trabajo que ocasionan los más rudos al confesarse, es indecible también y muy ordinario el consuelo que nos causan otros en quienes apenas se hallan pecados veniales, y examinados por los mandamientos, en los más fáciles de tropezar no tienen más que decir; que de sobra van, que como locos seguían al demonio, principalmente en las mujeres solicitadas á pecar. Y algunas hay tan temerosas de Dios, que sólo la solicitud las consuela; vienen luego á confesarse de ella como si fuera un grave pecado, habiéndoles servido de ocasión de mucho mérito. No puedo aquí dejar de poner lo que sucedió á una muchacha de poco más de diez y seis años; solicitóla un mozo que no estaba bautizado, encontrándose con ella á solas; rrespondióle con entereza: “cómo te atreves tú, con el alma más negra que un carbón, á mí, que estoy ya cristiana?; apártate de mí, si no quieres que te acuse á los Padres y seas castigado”. Esto bastó para que la dejase, avergonzado.

De la Santísima Virgen dicen ser muy amantes, y nunca la nombran sino diciendo Nuestra Madre, acudiendo todos los sábados á la iglesia á toque de campana á la salve y letanía, y después rrezan á coros su santísimo rosario. Invócanla en sus necesidades; y si cuando andan cazando les amenaza el agua, principalmente de zua, que es viento á que mucho temen, por ser ap (hay un blanco) muy frío y destemplado, llaman luego á la Virgen, á voces, y me han dicho que experimentaron muchas veces, empezando á caer el agua, desacer á sus voces las nubes, ó rretirarse á desaguar á otra parte. Algunos con toda sinceridad vienen antes de salir á cazar á despedirse de la iglesia y de su santísima imagen, y en voz alta, con su mal limada rretórica, le proponen su necesidad, pidiéndole les ayude y disponga que encuentren algo que traer, algo que comer á su casa para sustento de su familia; y favorece muy ordinariamente esta benignísima Señora su sencillez, como ellos lo rreconocen.

En la fidelidad son como por naturaleza estimados; sus casas y cuanto tienen queda continuamente sin serradura ni llabe, y

aunque falten muchos días del pueblo, quando vuelven no les falta nada. Más es, que si en los montes ó campos deja algo de propósito ó por olvido ó la camiseta ó el machete ó cuchillo, aunque otros le encuentren, allí le dejan, y lo halla en volviendo su dueño; propiedad que nos es á nosotros muy útil y agradable, pues nos quita el cuidado de cerrar los aposentos, donde suelen entrar por hallarlos abiertos, pensando estamos dentro, y encuentran á la vista muchas cosas que necesitan y son para ellos muy apetecibles, sin que se atrevan á levantarlas. Del juramento carecen totalmente, y ni aun voz hay en su lengua con que propiamente explicarle.

De aquestas propiedades, unas naturales y otras nuevamente adquiridas por influjo de la Ley de Dios, se hazen verdaderamente amables, y dan firmes esperanzas de que se ha de ver en ellos con el tiempo una muy florida cristiandad, cuando hayan del todo olvidado los pésimos errores en que se criaron, y viendo

con más claros ojos la luz de la verdad. Así se lo oí decir llanamente á un Cacique, bien entendido, con ocasión de tratar de la muerte de aquel religioso franciscano de quien al principio dije. Era la conversación con los hijos de los que tuvieron algún tiempo en su pueblo, y rreferían el modo y causas por qué le mataron, de mucha gloria para el santo religioso. Esclamó entonces el Cacique: “¡oh, si no huberan hecho tal disparate aquellos locos!, que con eso huvieran nuestros padres héchose cristianos, y nosotros abierto los ojos sin la oscuridad de nuestros engaños, y así no hubiera hechiseros que nos pervertiesen, ni cosa que embarazase para que del todo entregásemos nuestras almas al verdadero Dios; esa dicha se guardará ahora para nuestros hijos cuando tengan entendimiento, que le emplearán mejor que nosotros en la verdad, como quien no ha sido apoderado del engaño”.

Éste es el estado en que al presente se halla esta misión, de que pudieran ser más las noticias, si hubiera tenido cuidado de apuntarlas la curiosidad. Sólo he puesto las que ha conservado mi memoria, y ministrado al tiempo de escribirlas. Sólo no he hablado de los trabajos que han costado á los misioneros que vi-

nieron á la hora de prima éstas pocas almas, que han rrecogido al rrebaño de Jesu Cristo á costa de sus sudores y fatigas, sin perdonar á ningún empleo por humilde si podía conducir á ganarles las voluntades, aplicándose por esto á curarles en sus enfermedades, aprendiendo para ello á sangrar, y ejercitándolo ordinariamente arrodillado á los pies de un yndio, para que esté con mayor comodidad, hasta llegar por sus manos á hecharles las mechas, visitándolos y regalándolos en sus enfermedades con aquello que necesitaba (hay un blanco) quitándose, como dicen, de la boca por socorrer á estos miserables. Y cierto que en este empleo de asistirlos y curar los enfermos no han perdonado á trabajo alguno por apartarlos del rrecurso de los hechiseros, que les tenían engañados con algunas supersticiones, de que se prometían la salud y muy ordinariamente les quitaban la vida.

Y ha premiado Dios algunas veces esta caritativa humildad con aciertos rraros en provecho de los yndios, en ocasiones que desesperaban de su vida, de que pudiera rreferir muchas cosas prodigosas. En la peste de las viruelas que padecieron ahora siete años, no fueron muchos los que murieron, por el continuo cuidado y caridad de los Padres, siendo así que en otras ocasiones que les ha dado este achaque, desoló, como ellos dicen y confiesan, muchos pueblos, tanto que de algunos sólo ha quedado el nombre; otros tan cortos, que preguntándoles cómo eran tan pocos en comparación de otros pueblos, rresponden que mayores eran los suyos, pero los consumieron las viruelas. Y á fe hemos hallado muy diminuto el número de las almas, rrespecto de las que numeró el Padre Julián de Aller en esta provincia, porque á su salida, ó á la determinación de hecharle de los yndios, siguieron inmediatamente las viruelas, y en pocos meses antes de salir, el Padre Julián dice que habían ya muerto mil almas, y no sabemos las que hubo demás después de su salida, en que prosiguió la peste.

Dejo otros empleos de mucha edificación, y sólo he dicho de este de asistir á los enfermos, porque para ellos ha sido grande motivo para abrazar la fe de Cristo, ver á unos hombres estima-

dos del español en esta Santa Cruz, que es á quien sólo cono-

24

JUICIO DE LÍMITES

cen y temen, en tan humilde empleo, sin más interés que el de la caridad que enseña su ley; no así, dicen, nuestros hechiseros, que les hemos de pagar por lo que ellos llaman curarnos; luego mejores son éstos, y por el consiguiente su ley.

Quiera Dios imprimírsela en sus corazones y dilatara por toda esta barbaridad, para gloria suya y crédito de esta santa provincia; para cuyo amparo guarde Dios á V. R. como deseo y se lo suplico.

Nuestra Señora de Loreto, 18 de Octubre de 1687 años.
Súbdito y siervo de V. R.

ANTONIO DE ORELLANA.

*(De La Biblioteca Nacional de Lima.-Sección de Manuscritos.-Vol. 3.-
Fols.163-170)*